
SEGUNDO CUADRO

Dos horas después, en la habitación de Julieta.

(Julieta, cubierta por un peñador, está medio tendida sobre un diván, con un frasco de sales en la mano. Llamán á la puerta.)

ESCENA PRIMERA

JULIETA, LUISA

JULIETA

¡Adelante!

LUISA

Sólo deseaba saber si la señora está mejor.

JULIETA

Sí, algo mejor... ¿Qué habéis dicho á mi marido cuando vino á informarse de mi estado?

LUISA

Siguiendo las órdenes de la señora, le he dicho que la señora dormía en aquel instante.

JULIETA

¿Y no ha vuelto á preguntar?

LUISA

Sí, señora, otras dos veces; pero le he contestado lo mismo. El señor parecía triste y preocupado.

JULIETA

¿Qué hora es?

LUISA

Van á dar las dos, señora.

JULIETA

¿Hay gente abajo todavía? ¿No han partido aún todos los carruajes?

LUISA *(aproximándose á una ventana).*

Ahora se aleja el último.

JULIETA

¡Ah! ¡Gracias á Dios!

LUISA

¿Me necesita la señora?

JULIETA

Por ahora no. Llamaré si deseo algo.

LUISA

Está muy bien. *(Sale y vuelve á entrar en seguida.)*

Señora, el señor pregunta si ha despertado ya la señora.

JULIETA

¡Oh! Sí... Decidle que pase.

ESCENA II

JULIETA, DE EPINOY

DE EPINOY

¡Y bien! querida, ¿cómo te encuentras? ¿Qué te ha ocurrido? ¿Te has enfriado?...

JULIETA

Sí... creo que sí; pero me encuentro mejor.

DE EPINOY

Permite que te reprenda; me ha dicho el Príncipe que te ha encontrado en el borde del lago... en el sitio más húmedo del parque... Eso no es prudente.

JULIETA

No, no lo es... ya me he convencido de ello.

DE EPINOY

¿Estuviste mucho tiempo en el parque?

JULIETA

Sí, bastante...

DE EPINOY

¿Y te sentiste mal de pronto?

JULIETA

Sí, repentinamente. ¿Quieres hacerme el obsequio de ver si está cerrada la puerta?

(De Epinoy la mira; va á asegurarse de que la puerta está cerrada, y vuelve.)

JULIETA *(con frialdad)*.

¿Sientes curiosidad por saber si he escuchado tu conversación con la Princesa? Pues bien; sí, la he oído toda.

DE EPINOY *(con voz sorda)*.

¡Ah!

JULIETA

Comprenderás las razones que he tenido para no provocar inmediatamente una explicación contigo. Temía no poder dominarme, no ser dueña de mí, de mis palabras, de mi corazón, de mis nervios... temía dejarme arrastrar á una escena de violencia que hubiera llamado la atención de nuestros invitados. ¡El mal era ya bastante grande para que no cuidase de no agravarlo con el escándalo! En una palabra, quería calmarme un poco, dar lugar al consejo de mi altivez ofendida, y también al de la razón, y con la ayuda de Dios lo he conseguido.

DE EPINOY *(dando algunos pasos á través de la habitación, y volviendo luego al lado de su mujer)*.

¿Qué quieres de mí, Julieta?

JULIETA

Voy á decírtelo. Deseo, en primer lugar, pedirte

una explicación, todo lo breve que te plazca, pero clara y verdadera, de tu conducta para conmigo... Yo no quisiera calificarla... pero es lo cierto que, en mi opinión, encierra un misterio; un colmo de perversidad que no puedo, en modo alguno, comprender... que no puedo asociar á la idea de un hombre como tú, de un hombre á quien el mundo estima... de un hombre á quien yo he amado... (*Se pasa el pañuelo por los ojos.*) ¡Perdona! ¡Con razón continuarás diciendo que soy una niña!

DE EPINOY

¡No!

JULIETA

Nunca he sido tan niña como crees... ó como dices que crees... Pero, si lo he sido, la desgracia me ha hecho envejecer deprisa... Dime, pues, ¿cómo ocurrió esa infamia?... ¿Cómo pudiste decidirte... á semejante perfidia?

DE EPINOY

Julieta, la confidencia que me exiges no se refiere á mí sólo, y por tanto...

JULIETA

¡Pero si lo sé todo! ¿Qué puedes revelarme acerca de ella que no haya yo oído de sus propios labios y de los tuyos?... ¿Quieres que te repita palabra por palabra vuestra conversación?... ¡Era antes tu amante... continúa siéndolo... fué la que concertó nuestro matrimonio!... ¿Por qué? ¿Cómo? ¿En qué circuns-

tancias ocurrió todo eso? Eso es lo que te ruego que me digas... y no temas nada por ella... Si quisiera perderla, sé ya bastante ¿no es verdad? Si yo hubiera sido capaz de desenmascararla ante su marido, ya estaría hecho... ¡bien lo sabes!... ¡Nunca encontraré otra ocasión tan propicia!

DE EPINOY

Sólo yo he sido culpable... A una mujer aterrada, que escoge el primer pretexto que se la ocurre para escapar á la venganza, al furor inminente de su marido, apenas puede considerársela como responsable de lo que dice ó hace.

JULIETA

¿Había sorprendido el Príncipe alguna de vuestras conversaciones?... ¿Una carta?... ¿Algo que comprometiera á su mujer?

DE EPINOY

Sí. Una carta... Los términos en que estaba escrita eran lo bastante ambiguos para que pudiera creerse que iban dirigidos á otra persona... Ella dijo que la carta se refería á ti... Que yo solicitaba tu mano... La intimidad de la Princesa con tus padres hacía probable su intervención en tu matrimonio..

JULIETA

¿Y cómo pudo ella explicar el secreto que había guardado con su marido sobre una cosa tan sencilla?

30159

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS
MEXICO

DE EPINOY

Dijo que yo la había recomendado el más absoluto secreto, á fin de evitarle la consiguiente mortificación de amor propio, en caso de negativa.

JULIETA

¿Y tú fuiste cómplice, á sangre fría, de todas esas mentiras, inventadas por una mujer loca de terror?

DE EPINOY

Yo era quien la había puesto en peligro, y no podía, por lo tanto, desmentirla.

JULIETA

¿Tú también tuviste miedo?

DE EPINOY

Por ella.

JULIETA

¿Y por mí?... ¿Nada? ¿Ni miedo ni piedad?... Y luego... después de nuestro matrimonio... cuando pudiste conocer mejor á la que tan cruelmente engañabas... ¿no has tenido remordimientos?

DE EPINOY

Aunque hubiera tenido remordimientos, Julieta, no era este el momento oportuno para darte cuenta de ellos. Mis palabras serían sospechosas para ti en la presente ocasión. En cuanto á lo que siento ahora, al ser testigo de tus sufrimientos, tampoco he de ha-

blarte de ello por idéntica razón... No puedo hacer más que decirte: sea la que quiera tu voluntad, estoy dispuesto á cumplimentarla.

JULIETA

Pero ¿no te ocurre á ti ningún medio de salvar la imposible situación en que nos encontramos? ¿No tienes ninguna proposición que hacerme?

DE EPINOY

Ninguna. Espero tus órdenes.

JULIETA

Me sorprendes. Te sería tan fácil aconsejarme que imitase tu independencia moral; encontraría tan lógico que me dijese: "Perdóname mis errores, que me son tan queridos; yo estoy en cambio dispuesto á perdonarte los tuyos... Usa de tu libertad como yo uso de la mía... Así viven felices, según mis noticias, muchos matrimonios... ¿Me propones eso?"

DE EPINOY

No.

JULIETA

¿Y si yo te lo propusiera?

DE EPINOY

No eres capaz de hacerme semejante proposición.

JULIETA

Es verdad. (*Se levanta.*) Roger, si yo hiciese un

llamamiento solemne á tu honor, ¿podría abrigar la esperanza de ser escuchada, de ser atendida?

DE EPINOY

Tienes la seguridad.

JULIETA

¡Pues bien! No te dirigiré ni un solo reproche. Llegaré hasta á agradecerte que hayás conservado, durante esta conferencia tan penosa, el respeto que te debes á ti mismo... y el que me debes á mí. La acción que has ejecutado, me hacía abrigar el temor de encontrar en tu lenguaje la ironía cínica ó la cobarde sumisión de un hipócrita desenmascarado... No ha ocurrido así, á Dios gracias. Reconozco que tu actitud y tus palabras han sido todo lo dignas que podían ser en las malísimas circunstancias en que te encuentras, y es un consuelo, para mí, poder continuar estimándote, ahora que me veo obligada á retirarte todo mi afecto... Quiero, pues, creer, quiero admitir, que has sido víctima de una de esas fatalidades, de uno de esos impulsos que un hombre honrado, que un caballero, puede confundir con el deber, en un momento de turbación...

DE EPINOY

Gracias, Julieta.

JULIETA

Pero, á pesar de todo, comprenderás, como lo comprendo yo, que el mal es irreparable, que has matado la confianza.

DE EPINOY

¿Y no puedo abrigar alguna esperanza de hacerla renacer?

JULIETA

Bien conoces que es imposible. Experimentas en este momento una impresión de sentimiento, de piedad, que será sincera, no lo dudo; pero que durará poco... que no podrá luchar con una pasión que ha logrado ejercer tan terrible imperio sobre ti... Existen, por lo visto, mujeres que poseen filtros contra cuya eficacia nada pueden nuestros inocentes amores... Tú perteneces en cuerpo y alma á una de esas magas, y yo no quiero compartir por más tiempo, con ella, tus bondades. Desde este instante estamos separados para siempre, Roger; y lo que pido á tu lealtad es que hagas consagrar por la ley esta separación irrevocable.

DE EPINOY

Te he dicho que tu voluntad sería la mía; pero... ¿has pensado bien en el escándalo de un divorcio?

JULIETA

No he tenido tiempo para pensar gran cosa en ello; pero sí lo he tenido para convencerme de que no puedo continuar viviendo contigo sin merecer tu desprecio y el mío; de que tengo veintitrés años, y no he de dedicar á la soledad ni al desorden el resto de mi juventud y de mi vida; y puesto que existe legalmente el divorcio, y puesto que mi religión lo

autoriza, por otra parte, debe parecerte muy justo que me aproveche de él.

DE EPINOY (*con sequedad*).

Lo encuentro justo, sí... pero no sé si lograremos obtenerlo. ¡No basta pedir el divorcio para que lo decreten los tribunales!

JULIETA

Temes aún por ella... ¿verdad?... Puedes estar tranquilo. He pensado en todo. Te prometo que, por consideración á su marido, y por un resto de interés por ti, no descubriré el secreto de vuestros amores... Haré más aún: á fin de evitar murmuraciones, continuaré visitándola como antes. Procuraré, al menos, tener el valor necesario para hacerlo.

DE EPINOY

Tienes un corazón de oro.

JULIETA

Te agradezco que lo reconozcas, por más que sea un poco tarde.

DE EPINOY

Pero si abrigas tan generosas intenciones, ¿en qué piensas fundar la demanda de divorcio?

JULIETA

Veremos... Ya se nos ocurrirá un medio... lo consultaremos con de Rhodas. Ya le he escrito citándole para pasado mañana en París, porque de-

seo volverme allí mañana mismo, si me lo permites.

DE EPINOY (*inclinándose*).

Y ya que es tu voluntad que arreglemos de común acuerdo este triste asunto, ¿puedo esperar que nuestras forzosas relaciones conservarán, al menos hasta el fin, un carácter amistoso?

JULIETA

Muy amistoso.

DE EPINOY

Gracias. Adiós.

JULIETA (*estrechando la mano que él la tiende*).

Adiós.

DE EPINOY

¿Y pronuncias con tanta tranquilidad esa palabra... esa palabra que rompe los lazos que, hace algunas horas, tenías aún en tanto aprecio... y que acaso eran mucho más caros para mí de lo que supones?... ¿De modo que no sientes nada?

JULIETA

Siento que he perdido la fe. No creo ya en ti, y por culpa tuya, estoy á punto de no creer en Dios.

DE EPINOY

¡Permite que admire la firmeza de tu alma, que te confieso que sobrepuja á la de la mía!

JULIETA

¡Decididamente querrías dejarme llorando!

DE EPINOY

¡Oh! No... por el contrario... me complace dejarte con la sonrisa en los labios. Eso me servirá de consuelo. ¡Adiós!

JULIETA

¡Adiós!

(Sale de Epinoy.—Casi en seguida Julieta deja escapar un grito débil, extiende los brazos y cae inanimada sobre el pavimento.)

ACTO SEGUNDO

En París.—En casa de la señora de Epinoy.—Un gabinete tocador.—Puerta en el fondo.—Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

BAUTISTA *(introduciendo á de Rhodas).*

Voy á avisar á la señora que el señor está aquí.

DE RHODAS

Bien, bien.

(Se sienta y coge un libro de encima de la mesa.—Luego entra Julieta y se levanta.)

JULIETA *(tendiéndole la mano).*

¡Buenos días, amigo mío!

DE RHODAS

¡Señora!... Y bien: ¿terminó por completo vuestra alarma de la otra noche?... ¿Cómo podéis torturaros así por tan poca cosa? ¡Parece mentira que seáis tan niña!